

El monumento de diorita es la cabeza degollada de la hermana enemiga de Huitzilopochtli, que se le rebeló en Cohuatepec con cuatrocientos cenzonapas; su nombre era Coyol-xauh-qui, la mujer adornada ó pintada de cascabeles, sacrificada y degollada por su propio hermano.

Coyolxauhqui elevada á la categoría de deidad, fué colocada en el templo mayor, en donde recibió más tarde, entre otros, los homenajes del Rey Ahuitzotl.

El descubrimiento del Sr. Profesor Seler viene á alcanzar una confirmación en los datos siguientes, que no se han tenido en consideración al estudiar el monumento.

En la base de la cabeza se encuentra un relieve, que cuando yo lo moldé por primera vez, lo tomé como signo del *atl*, agua, y para mí bauticé á la diosa con el nombre de Chalchiuhtlicue, compañera de Tlaloc; siempre me había parecido tener muy decorada la cabeza para que perteneciera á un hombre.

La figura del relieve que se halla en la base de la cabeza es la misma que el Sr. Seler ha encontrado en el manuscrito original del Sr. Barón de Humboldt, de la Biblioteca de Berlin; es el símbolo de la guerra, compuesto de un enlace de los signos del fuego y del agua, llamado Teo-atl-tlachinolli, jeroglífico de los guerreros y símbolo de la guerra. El relieve de la Coyolxauhqui se compone de los signos de sangre, fuego y de una serpiente, de la discordia, trenzadas ó enlazadas. El mismo signo de la guerra circundando el águila nacional de los mexicanos, tiene la cédula de 1559 de la villa de Tepeyacac, Tepeaca, conquistada por Cortés á sangre y fuego.

Es tiempo ya de hacer algo por nuestra parte: en Europa se han estudiado nuestros códices, todos nuestros manuscritos, á nosotros nos toca estudiar seriamente nuestros monumentos.

ADORNOS COMPLEMENTARIOS DEL VESTIDO.

MÁSCARAS.—ADORNOS DE LA CARA, DE LA GARGANTA, DEL ANTEBRAZO Y DEL BRAZO, DE LOS PIES; PIEDRAS PRECIOSAS.

“Máscaras.—Dice Sahagún: También usaban de carátulas ó máscaras labradas de mosaico, y de cabelleras, y unos penachos de oro que salían de las máscaras.”

No dice el Padre Sahagún cómo usaban las máscaras los mexicanos; es muy probable que sirvieran para los bailes ó para encerrarlas en las urnas cinerarias: se sabe que las de cierta forma cubrían la cara de los ídolos cuando ocurría una calamidad pública, cuando fallecía algún monarca: los dioses entonces estaban de duelo.

Xiuh-xayacatl, máscara de turquesas de Quetzalcoatl: era esta un adorno de cabeza, ó corona con la máscara junta, de modo que al ponerse la corona se cubría también la cara con la máscara: la figura de esta máscara puede verse en la lámina respectiva, tomada de un mosai-

co que posee el Museo etnográfico de Roma. Había otra máscara ó casco máscara de plumas de colibrí, llamada Huitzitzil-nahualli, que se ponía á los dioses Painal y Huitzilopochtli. La máscara que servía al Rey Moquihuix de Tlaltelolco para los areitos se llamaba *Macehuaz*.

En las panoplias ó trofeos de armas de esta obra, lámina 177, se ve una máscara perteneciente á la colección zapoteca de mi compañero y amigo el Sr. Dr. Sologuren: es de diorita y tiene veinte centímetros de altura.

Los historiadores mexicanos se han ocupado principalmente de los mosaicos de pluma, obras consideradas en Europa como positivas maravillas, que rivalizaban con la pintura por la exactitud del dibujo y la brillantez de los colores. Pero hay otra clase de mosaicos de la cual quedan pocos ejemplares en Berlin, Roma y Londres: esos mosaicos van reproducidos en las láminas 26, 117, 117 bis y 123, de esta obra. El Museo de Berlin posee una máscara de turquesas, una verdadera Xiuh-xayacatl; un tigre de dos cabezas y la cabeza de otro incrustadas de piedras verdes ó azules, de turquesas, trocitos de concha y de oro: de trabajo análogo son los mosaicos de Roma y el célebre cuchillo de Londres de la colección Christy.

Adornos para la nariz. Acapitzactli, Acatla-pitzalli, ó Acapitzalli “canutillos pequeños de oro bajo, para las narices;” palabra derivada de acatl, caña y de pitzactli, delgado. En las ceremonias de la coronación, con un adorno de este género, le atravesaron las ternillas de la nariz á Moctezuma II.

Yaca-xihuitl, “piedras preciosas con que se adornaban lo de encima de las ventanas de las narices.”

Teoxiuh-capitzalli, “piedra delgada con que adornaron la nariz del Rey Ahuitzotl, agujerando la nariz por dentro de las ventanas,” según Tezozomoc: teoxihuitl es turqueza y pitzactli, delgado.

Adornos para los labios. Tentetl, significa bezote, ó barbote; la palabra viene de tentli, labio y de tetl, piedra: hoy se les designa con el nombre de “sombrecitos.” Los había de diferentes clases y materias: de chalchihuitl, diorita verde, engarzados en oro, de plata, también de oro fino, de ámbar, de cristal de roca ó de obsidiana, metidos en la barba ó más bien en el labio inferior.

“También traían estos barbotos hechos de cristal (de roca) largos, y dentro de ellos unas plumas azules, que les hacían parecer zafiros.....y también unas medias lunas de oro colgadas en los bezotes.”

Tente-comachoc ó Tentecomachiotl, otra especie de tentetl, derivado de tenqui, cortar el labio y de machiotl, marca. Las diferentes formas se encuentran en las láminas de esta obra; el tentetl de plata, encontrado en unas excavaciones de Atotonilco el Grande, del Estado de Hidalgo, ha sido publicado en mi obra de los “Monumentos del arte mexicano.”

Ten-colli, distintivo de valor; palabra derivada de colli abuelo y de tentetl, bezote; antigua distinción: era fabricada de ámbar.

Ten-zacatl, bezote delgado; de zacatl, junco delgado. Temalacatl-tetl, piedra redonda, de temalacatl.

Cuauh-tentetl, para caballeros ó guerreros águila, cuauhtli.

Teziz-tentli, de tecciztli, caracol grande.

Tapach-tentli, de coral, tapachtli.

Nextecuil-tentetl; de locura, nextecuilotl; propio de guerreros temerarios.

Ten-xiuh-coayo, derivado de Xiuhcoatl, la flecha del dios Huitzilopochtli.

Adornos para las orejas, aretes ó pendientes. Las orejas para mujeres eran diferentes de las de los hombres y de los mayordomos.

Nacoctli, arete y Teonacohtli, orejera ó arete de los dioses.

Neza-acatl-nacoctli, de significado desconocido.

Nacaz-tepuztli, arete de cobre; nacaztli, oreja y tepuztli, cobre.

Quetzal-coyol-nacoctli, derivado de coyolli, cascabel.

Los aretes de oro que se conocen pertenecen en lo general á las excavaciones que en las criptas de Oaxaca se han hecho; se han publicado en los “Monumentos Mexicanos.”

Adornos para la garganta. Las gargantillas de oro que se han encontrado en Oaxaca, son de un gusto y trabajo preciosos. “Tenían dice Sahagún un collar hecho de cuentas de oro, y entrepuestos unos caracoles mariscos, entrecalados.” Usaban, también, traer collares de oro hechos á manera de eslabones de víbora.” Traían unos sartales de piedras preciosas al cuello: tenían una medalla colgada de un collar de oro, y en medio de ella una piedra preciosa llana y para la circunferencia, colgaban unos *pinjantes* (colgantes) de perlas.”

Chipolli, sartal de caracoles para uso de los guerreros Cuauhtin: chipalli, significa caracol.

Teocuitla-coz-ehuatl, gargantilla de pedrería fina; radicales de la palabra: cozcatl; collar; ehuatl, cuero ó co-rea y teocuitla, oro.

Cozca-petlatl; derivado de cozcatl, gargantilla y de petlatl, tejido: era una sarta de cuentas de oro y piedras, insignia particular del Rey, cuando salía á la guerra.

Adornos de los puños, del brazo, de las piernas y de los pies.—piedras preciosas.

Pulseras, Matemecatli, palabra derivada de maitl, mano y de mecatl, cuerda ó lazo.

“Traían atadas á las muñecas, dice Sahagún, una co-rea gruesa negra, sobada con bálsamo, y en ella una cuerda gruesa de chalchihuitl ú otra piedra preciosa.”

Matla-pilolli, manípulos de cuentas gruesas de finas piedras.

Teocuitla-matemecatli, “(maní-pulos) dorados, colgado res de las muñecas de las manos que se pusieron, según Tezozomoc, en las muñecas de las manos, en el vestuario del cadáver del Rey Axayacatl.” Se encuentra también “colgadero de brazo (debe entenderse antebrazo) ancho,

como manípulo, colorado, de cuero dorado, colgándole campanillas de oro.” Radicales de la palabra: matemecatli, pulsera y teocuitla, oro.

Zoa-tezcatl, especie de medio guante con plumería muy menudita que relumbraba mucho.

Dice Sahagún: “traían en la mano izquierda unos brazeletes (pulseras debe entenderse) de turquesas, sin plumaje ni puño.”

Brazaletes, Machoncotl. Molina distingue cuatro clases de brazaletes. El Machoncotl, ó macopilli, brazaletes de pluma, el Teocuitla-matemecatli, de oro, el Matzopetztl y el Macuetlaxtli, de cuero: como se ve, están confundidas las pulseras que se portaban en el puño del antebrazo con los verdaderos brazeletes.

El Machoncotl, brazaletes propiamente dicho, puesto que se usaba en el brazo y no en el puño del antebrazo, se usaba en los bailes y estaba formado de preciosas plumas. A éstos se refiere Sahagún, cuando dice: “usaban unos brazaletes de mosaico, hechos de turquesas, con unas plumas ricas que salían de ellos, que eran más altos que la cabeza y bordados con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro, que subían con las plumas.” En el atlas del Padre Durán hay esta clase de adornos que se han reproducido para esta obra; no se conoce la etimología de la palabra.

Matzo-petztl, brazaletes, guante ó manopla de oro para los reyes; palabra derivada de matzoa, tomar un puñado de alguna cosa y de petztli, muy bruñido ó reluciente.

Grevas, cozehuatl, eran medias botas ó jarreteras de piel de tigre, y también cubiertas de planchuelas de oro, para vestido de guerra. Sobre este punto dice Sahagún: “usaban traer en las piernas, de la rodilla abajo, grevas de oro muy delgado.”

Collares para los pies.—Iexi-te-cuecuetli, collares anchos para la garganta de los pies, adornados de campanillas de oro, piezas que entraban en el vestuario del monarca. Radicales de la palabra: icxitl, pie; cuecuetli, cuello y tetl, piedra: en otra parte dice Tezozomoc: “jarreteras para la garganta de los pies, á manera de puños de camisa, para los Reyes;” “muñequera de cuero colorado para la garganta del pie derecho, pieza del vestuario del Rey Ahuitzotl.

Piedras preciosas.—Las que eran muy estimadas por los mexicanos eran los chalchihuites, diorita de color verde claro, de que hacían cuentas para los collares, dijes, nacoctlis ó grandes aretes circulares para las orejas de los ídolos: estas piedras eran para ellos más estimadas que el oro y la plata.

Cuando se habla en las Crónicas de piedras preciosas, debe entenderse de los chalchihuites y de las turquesas, llamadas xihuitl ó teo-xihuitl, que emplearon para sus pulseras y principalmente para el mosaico de las máscaras y de la corona real, llamada xiuh-huitzollí.

Hicieron uso del ópalo Quetzalitzepilolli, “que parece que tienen muchos colores y varíanse conforme ó según



el modo con que se les dé la claridad." yo tengo una pequeña esfera bien labrada, con su agarradera que tenía un agujerito para colgarse, encontrada en terrenos de Tula, del Estado de Hidalgo, antigua capital de los toltecas. Parece que los diamantes les fueron desconocidos; no así las perlas que tenían el nombre de epyollotli, y el ámbar apozonalli; pues este último era tributado al Rey de México. Tal vez conocieron el zafiro; la palabra matla-zihuitl, piedra preciosa de color azul fino, compuesta de matlalli, color azul y xihuitl, piedra preciosa, pudiera convenirle á esa piedra preciosa.

Según la opinión de mi amigo el Sr. Ingeniero D. Eze-

quiél Ordóñez, no hay grandes, ni abundantes esmeraldas en los terrenos geológicos de México; sin embargo se les designaba con el nombre de Quetzalitzli.

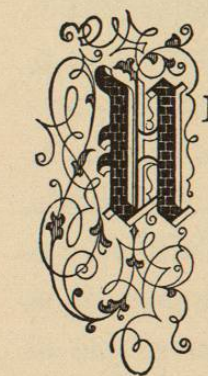
"Entre las joyas de gran valor que regaló (Cortés) á su joven esposa (Doña Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar y sobrina del Duque de Bejar) se cuentan cinco esmeraldas que se valoraron en más de cien mil ducados, joyas que deseaba tener la Emperatriz, y se dice que el haberlas dado Cortés á su novia fué motivo del poco favor que en adelante le manifestó aquella Soberana." (Diccionario Universal de Historia y Geografía, página 580.)



## CAPITULO X.

### ARQUITECTURA DOMÉSTICA DE LOS MEXICANOS.—TEMAZCALES Ó HIPOCAUSTOS, MUEBLES Y OCUPACIONES DOMÉSTICAS DE LOS MEXICANOS.

#### ARQUITECTURA DOMESTICA DE LOS MEXICANOS.



UN pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podía carecer de los que son necesarios á la vida. La arquitectura que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fué conocida, y practicada por los habitantes del país de Anáhuac, á lo menos desde la época de los toltecas. Los chichimecos, sus sucesores, los acolhuas y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacán, de México, de Michoacán, de la república de Tlaxcala, y de las otras provincias, excepto los otomites, fabricaron casas y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los mexicanos llegaron á aquellos países, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que antes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura, y estaban acostumbrados á la vida social, construyeron durante su larga romería muchos edificios, en los puntos en donde se detenían algunos años. Consérvanse restos de ellos, á las orillas del río Gila, en la Pimeria, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos á la mayor miseria en las orillas del lago tezcucano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca, pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecían su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios, hasta que llegaron los conquistadores y hallaron mucho que admirar y no menos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, ó de piedra y fango, y el techo de un heno largo

y grueso, que es muy común en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes, ó de hojas de maguey puestas unas sobre otras, á guisa de tejas, á las que se parecen además en el grueso y en la figura. Una de las columnas ó apoyos de estos edificios solía ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, además del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solía ahorrarles algún gasto y trabajo. Ordinariamente estas casas no tenían más que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residían la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, había otras dos ó tres piezas, un AYAUHCALLI ó oratorio, un TEMAZCALLI ó baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada eran de piedra y cal, y tenían dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuídas, y sus patios, el techo llano, de buena madera, bien labrada y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de lejos los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual y lisa.

Muchas de estas casas estaban coronadas de almenas y tenían torres, y á veces un jardín con estanque y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la capital tenían por lo común dos entradas; la principal que daba á la calle y otra al canal. En ellas no tenían puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes: mas para evitar la vista de los pasajeros cubrían la entrada con cortinas, y junto á ellas suspendían algunos pedazos de vasija ú otra cosa capaz de avisar con su ruido á los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era lícito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad ó la urbanidad, ó el paren-